
VALORES COMO SOLUCIONES: ALGUNOS PROBLEMAS QUE QUEDAN POR RESOLVER

FERNANDO BRONCANO

Ramón Queralto nos propone una estrategia para abordar el lugar de la ética en una sociedad conformada por la técnica que, resumida en trazos muy gruesos, consiste en postular una aproximación entre el modo técnico y el modo ético de establecer juicios de valor. El modo técnico habría sustituido la pregunta de “¿qué es esto?” por la pregunta “¿para qué sirve esto?” La esfera ética, por su parte, habría mutado su consideración de los valores como propiedades intrínsecas en valores relativos a las soluciones que ofrecen a los conflictos y problemas de la vida: “El valor, así, se ‘justificaría’ en la medida en que se introduce en el seno del problema o conflicto y lo hace disminuir o desaparecer. Por eso, el valor ‘vale’ en tanto resuelve problemas”. Una vez que se establece este paralelismo, cuando no una unidad en la justificación pragmática de los valores, es posible entonces relacionar los valores morales con los valores éticos en una red de relaciones de valor. La posición de Ramón Queralto queda de manifiesto en esta contundente aseveración:

Efectivamente, pues si el valor es una pauta de resolución de problemas o conflictos, entonces no hay que someterse al valor por su presunta valía intrínseca justificada trascendentalmente, sino que hay que “tenerlo en cuenta” porque me sirve para mi vida. No se produce aquí un acatamiento del valor por su índole trascendental —religiosa, científica, etc.— sino un uso del mismo porque es de mi interés y conveniencia dado que me sirve para mi ubicación existencial en el mundo. La perspectiva pragmática es contundente: Aplica al valor la pregunta básica de la que parte, a saber “¿para qué sirve esto?” Es a este criterio de pragmatidad al que ha de responder la ética en el momento presente. ¿Me sirve o no me sirve la ética y sus valores en mi vida? Esta es la cuestión.

Departamento de Humanidades: Filosofía, Lenguaje y Literatura, Universidad Carlos III de Madrid, España. / fernando.broncano@uc3m.es

Este texto comenta el artículo de Ramón Queralto (2008), “Mutación de la ética en la sociedad tecnológica contemporánea. Ética y felicidad humana”, *Ludus Vitalis* XVI (30): 165-196. Disponible en www.ludus-vitalis.org/debates.

La respuesta pragmática es rotunda: La ética me puede servir porque constituye una herramienta para solucionar problemas de la vida humana, y no porque lo afirme tal o cual autoridad científica, religiosa, política, etc. Si me sirve para resolver conflictos y tomar decisiones que hagan avanzar mi proyecto existencial, entonces obviamente los valores son de mi interés y conveniencia, me interesan y me convienen.

Comenzaré por expresar cuáles son los puntos de acuerdo con su posición para enmarcar las ulteriores objeciones y preguntas que me suscita su interesante propuesta.

En primer lugar, me uno a su esfuerzo en promover una ética pluralista y no fundamentalista; un fundamentalismo que él diagnostica como resultado de una concepción piramidal o jerárquica de los valores, y que vendría a ser sustituida por una concepción reticular e interdependiente. Demos unos pasos juntos en la búsqueda de una ética para una sociedad plural.

Me siento también cercano a su abandono del realismo de valores. Mi forma de expresar ese no realismo es que en un mundo en el que no existiesen los juicios de valor tampoco existirían los valores; la suya es que en un mundo sin problemas tampoco habría valores: existen valores porque (se supone) la humanidad tiene problemas. Hay otras formas de no realismo sin abandonar el normativismo como son, por ejemplo, el expresivismo (los valores expresan nuestras reacciones viscerales de rechazo o apoyo), el constructivismo (los valores reflejan el modo en el que nos constituimos o autoconstituimos como agentes) o ciertas formas mixtas como son las desarrolladas recientemente y en diálogo por Habermas y Putnam. La posición de Queralto se añade a éstas como una forma de pragmatismo radical.

Coincidiría con él también, aunque en parte y con matices, en la idea de que las preguntas esenciales en la esfera técnica son de orden teleológico ("¿para qué sirve esto?"), aunque no termino de decidir si por "servir para algo" entendemos lo mismo o quizá algo sólo similar.

Vayamos ahora a las objeciones que realizaré siguiendo un orden inverso al de los acuerdos, con la idea de que en un constructivo diálogo acabemos reforzando estos acuerdos.

La primera duda nace de una preocupante consecuencia que observo entre su doble consideración de la técnica, de un lado como dimensión antropológica o mediación con la naturaleza, de otro, su definición "pragmatista" de la racionalidad técnica; una racionalidad que se expresaría en este postulado: "hasta tal punto que la efectividad de su aplicación es *conditio sine qua non* para considerarlo tecnológico en cuanto tal. Esto significa que el criterio constituyente de la racionalidad tecnológica es el criterio de eficacia operativa, esto es, el de producir un resultado inmediato

en la realidad según la acción diseñada (eficacia) con el menor coste general, temporal y de cualquier otro tipo (operatividad)". La consecuencia, claro, es bien conocida y ha sido múltiples veces expresada en la filosofía contemporánea: La técnica sería un modo "instrumental" de relacionarse con el mundo y en último extremo de "ser-en-el-mundo", un ejercicio de voluntad de poder en donde la naturaleza no sería sino puro instrumento, reservorio de útiles. Pues si tiene esta profundidad constituyente antropológica, y su lógica es la pura y mera "eficacia operativa (...)" para producir un resultado inmediato al "menor coste" la alegada dimensión constitutiva devendría en pura actitud utilitaria. Como sabemos, no es inusual encontrar tal caracterización como supuesta esencia de la modernidad.

¿Qué dificultades se asoman tras esta concepción? Se me ocurren algunas consideraciones. La primera es que restringe la lógica del cambio técnico de un modo tal que no hay forma de hacerla compatible con la historia de la técnica. Por ejemplo, no tiene en cuenta que una gran parte de los desarrollos técnicos no fueron utilitarios ni en su concepción, ni en su inmediata recepción, sino producto de otros vectores que impulsan la imaginación: la curiosidad, las dimensiones estéticas, y aún formas prácticas no instrumentales. Por ejemplo: una buena parte de los desarrollos técnicos nacen con propósitos rituales, como ejercicios lúdicos y ornamentales, como expresión de identidad cultural, y sólo más tarde son reutilizados como útiles e instrumentos. Pondría tantos ejemplos como contraejemplos se me suministrasen a esta tesis, pero quizá baste un botón como muestra: La mayoría de los desarrollos en la técnica militar nacen con la explícita intención de abrumar psicológicamente al adversario más que como resultado de un cálculo de costos y beneficios. Lo que sirve para lo militar, lo extendería sin problemas a otras regiones de lo técnico. ¿Alguien cree que la tecnología de vapor que crearon los ingenieros alejandrinos tuvo una voluntad originaria de solución de problemas? No parece haber sido esa la realidad pues se convirtieron en juguetes o en aparatos con la intención de maravillar a los espectadores. Una larga tradición de nuevos historiadores de la ciencia y de la técnica está estudiando cómo la voluntad de fascinar, de asombrar o simplemente de expresar las propias fronteras ha conformado muchas trayectorias de la ciencia y de la técnica. Curiosamente, uno de los inventores de la idea de racionalidad instrumental, Max Weber, es quien sostiene en sus tesis sobre el origen del capitalismo la dimensión simbólica (religiosa en este caso) de lo instrumental, y de hecho Merton, en su tesis doctoral, aplicó esa dimensión para estudiar el origen de la ciencia. Puede que como tesis histórica lo que acabo de afirmar no se acepte de forma general; aun así habría que explicar las dimensiones no instrumentales de los desarrollos técnicos. ¿Alguien cree que el pequeño-burgués español compra, pongamos por caso, un *Audi* para resolver un problema instrumental al menor costo posible? Yo diría más bien que trata

de solventar sus problemas de identidad mediante un gasto suntuario que no puede o no debería permitirle su escaso presupuesto. El generalito del país endeudado y el ministro de innovación del país con pretensiones no ejercitan una racionalidad diferente.

Es posible que esté equivocado en mis apreciaciones, pero aún queda por explicar qué significa de manera no trivial “eficacia operativa (...) para producir un resultado inmediato al menor coste”. Observemos con ojos curiosos un paradigmático ejercicio de tal racionalidad instrumental: la conocida *Blitzkrieg*, “la guerra relámpago”, que formó parte de la doctrina militar alemana en la Primera y sobre todo en la Segunda Guerra Mundial. Como todos sabemos, al menos por la iconografía hollywoodiense, consiste en el empleo intensivo de medios militares tecnológicamente muy avanzados en tiempos y espacios muy limitados. Vaya, no es imposible que Weber se haya inspirado en estos ejercicios de guerra. Lo curioso, como mostraron ambas guerras, sobre todo la Segunda, es que la guerra relámpago no funciona sin una dependencia masiva del transporte animal. La guerra en la que estadística y globalmente se emplearon más caballos fue en la Segunda Guerra Mundial en los escenarios de la *blitzkrieg*. Sin caballos no hubiera existido logística posible. Hitler esquilmo la producción equina de toda Europa para poder llevar la munición a sus sofisticados cacharros¹. La efectividad intensiva local exige un derroche de obsoletos medios técnicos en los alrededores. ¿Cómo valorar esta dependencia de medios obsoletos para decisiones aparentemente ultratecnológicas? No se me ocurre otra respuesta posible que revisando qué entendemos por eficacia operativa. O revisamos la idea de menor coste, o revisamos la idea de eficacia operativa. Si ponemos ambas condiciones juntas, no sale la historia de la técnica (ni me temo tampoco la historia económica, pero esa es otra historia). No se explica la historia de la técnica sin una permanente voluntad de “matar moscas a cañonazos”, de emplear muchos más medios (muy costosos pero con una dimensión simbólica esencial) que los que serían necesarios. Parece existir una tensión constitutiva entre eficacia y relación costos/beneficios, de la que ni Weber ni mucho menos Heidegger eran conscientes.

En resumen, la historia de la técnica sería la mejor refutación empírica de la racionalidad tecnológica. Las dimensiones simbólicas de la técnica son esenciales a su desarrollo. Son dimensiones identitarias, a veces puramente estéticas, a veces morales, pero no siempre, y me atrevería a decir que casi nunca, pura y ramplonamente instrumentales. Steve Jones y Steve Wozniak, entre otros muchos que están tras la digitalización tecnológica a la que alude Ramón Queralto, le dirían muchas más cosas respecto a las voluntades imaginarias y a veces utópicas que presiden los cambios tecnológicos.

Pero si es dudoso que pueda restringirse la racionalidad tecnológica a una pura dimensión “eficientista”, la restricción pragmatista de la ética no suscita menos dudas.

Desde luego, podemos adoptar una posición deflacionaria respecto a la idea de “problema” y por tanto de “solución”. Cualquier cosa puede ser un problema y cualquiera también una solución. No iríamos muy lejos por ese camino y yo no tomaré tampoco esa senda. Ahora bien, ¿expresa el término “problema” un estado psicológico?, ¿sería problema cualquier estado mental, digamos de ansiedad o cualquier otra relación afectiva que se quiera, ante una situación, idea, sospecha, etc.? En los pragmatistas, en Peirce particularmente, a veces uno parece extraer esta conclusión, observando cómo plantean la dinámica de la creencia o de la acción. Como si “problema” significase lo mismo que cierta forma de “ansiedad” y “solución” algo como “ansiolítico”. Es complicado remitir el término “valor”, un término oscuro como una noche sin luna, al término “problema”: es ocultar el polvo bajo la alfombra. Ahora bien, considerar que un problema es algo de naturaleza puramente psicológica significa devaluarlo rápidamente de la categoría de candidato a suministrar un soporte ontológico al dominio de lo normativo. No es difícil entender que una dimensión tan personal no alcance a constituir el cimiento de un edificio tan colectivo. Entonces, si un problema no es algo puramente psicológico, entonces, permíteme la paradoja, nos encontraremos en problemas para convertir tal noción en soporte del valor. Pues los problemas tienen dimensiones subjetivas y objetivas; privadas y públicas; factuales y normativas; situadas y abstractas; individuales y universales. Exactamente igual que los valores. Por eso no nos resuelve los problemas éticos el llevar las aguas de los valores al molino de los problemas: porque suscitan las mismas preguntas. ¿Qué es lo que hace normativa, y por tanto expresión de un valor, la solución a un problema?, ¿hay acaso “soluciones finales” que por serlo son valiosas?, ¿no cabría plantearse previamente si el problema era un problema aceptable? Es más, porque los problemas mismos están sometidos a juicios de valor (“bien planteados”, “rationales”, etc., por no citar otros juicios de valor más fuertes) no pueden ser el sustrato que justifique los juicios de valor o los valores.

Queda, por último, la cuestión del pluralismo que Ramón Queralto propone resolver confrontando la balsa y la pirámide, o la red frente a la jerarquía. En la idea de jerarquía parece haber un ordenamiento de las relaciones de autoridad en la que cada ítem (pongamos por caso un valor) recibe una posición relativa a tal ordenamiento, que en los casos más claros adopta la forma de un conjunto bien ordenado con un elemento máximo. En un retículo, por el contrario, las relaciones de autoridad se distribuyen de forma que existe una suerte de interdependencia tal que no hay un elemento máximo y posiblemente ni siquiera una prelación en autoridad.

La idea de red se ha utilizado con muy buenos resultados teóricos para analizar, por ejemplo, las relaciones sociales en las que las interdependencias se producen entre individuos y grupos sin que por ello lleguen a formarse jerarquías. ¿Es posible aplicar esta estrategia a los conceptos normativos?

Es posible, claro. La cuestión sería es si entonces se preserva la normatividad. Por ejemplo, dos valores pueden relacionarse bajo la relación de dependencia positiva en un caso, pero bajo la de dependencia negativa en una situación diferente. Por ejemplo, eficiencia y bajo coste; racionalidad y tiempo de reacción; coherencia y profundidad; verdad y utilidad, etc. La historia de estas tensiones o sinergias es la historia de la normatividad. Si postulamos una reticularidad sin restricciones, estamos abandonando lo que significa propiamente la normatividad, a saber, la ordenación de nuestros valores dada una situación en una escala de aceptabilidad de las decisiones.

Que los valores estén situados, que no haya órdenes universales, que haya que aplicar la *frónesis* para ejercitar el juicio normativo, no tiene por qué implicar que los valores se distribuyan en curiosas y tal vez sorprendentes relaciones reticulares. Necesitamos escalas en las normas porque tenemos que tomar decisiones bajo condiciones que conforman la tragedia de la existencia humana: el hacerse cargo del propio destino sin aceptar el *fatum* impuesto en situaciones en las que no podemos conseguir todo lo que deseamos. Lo demás es mala fe, como Sartre se encargó de explicarnos.

NOTA

- 1 Véase como soporte el interesantísimo trabajo del historiador de la tecnología David Edgerton (2008), *The Shock of the Old. Technology and Global History Since 1900*. Londres: Profile Books.